

JARDINES COLONIALES BRASILEÑOS: SITIOS DE LO ÚTIL A LO AGRADABLE

Marcelo ALMEIDA OLIVEIRA¹

Resumen

Con la creciente valoración de cuestiones relacionadas a la identidad cultural y a la protección del patrimonio urbano, se observa el interés renovado de los arquitectos por la morfología de la ciudad tradicional, lo que necesariamente implica en el entendimiento de la relación entre hombre y naturaleza. La búsqueda de tal comprensión es de fundamental importancia, considerándose la necesidad de preservación del carácter de sitios clasificados, como los antiguos núcleos de Olinda y Ouro Preto. Teniendo en cuenta ese aspecto, que se presenta como una necesidad urgente en la actualidad, podemos profundizar la comprensión del patrimonio paisajístico en el tejido de ciudades luso-brasileñas, o sea, de los núcleos o centros urbanos constituidos en el período Brasil-Colonia, regulados por los mismos principios constructivos y urbanísticos vigentes en Portugal. En general, eran asentamientos integrados en el medio natural, donde las «manchas verdes» o los «vacíos» se mostraban esenciales para el ordenamiento de los complejos construidos, facilitando la presencia de componentes ecológicos en los tejidos implantados y la subsistencia básica de los residentes urbanos. Tales espacios abiertos eran sitios impregnados de valores culturales y ecológicos intrínsecamente asociados a la producción y a la vivencia recreativa de sus usuarios. Se dice que este conocimiento orienta hacia la búsqueda de alternativas que pretenden preservar los conjuntos paisajísticos todavía remanentes en los antiguos núcleos coloniales brasileños.

Palabras clave: Olinda, Ouro Preto, patrimonio paisajístico, patrimonio urbano, patrimonio cultural.

Abstract

With the increasing importance of issues concerning the cultural identity and safeguarding of the urban heritage, one can observe the architects' renewed interest in the morphology of the traditional city, which necessarily involves some understanding of the man-nature relationship. The search for such understanding is of utter importance in the view of the need to protect characteristics of listed places such as the old cities of Olinda and Ouro Preto.

Considering this aspect, which is presented as a current pressing demand, we can deepen our understanding of the landscape heritage in the weave of Luso-Brazilian cities, that is, of

¹ Doctor en Arquitectura Paisajística por la Universidad de Évora-Portugal. Investigador del Centro de Estudios de la Población Economía y Sociedad-C.E.P.E.S.E./Portugal. Analista Ambiental del Instituto Estatal de Florestas-I.E.F./Minas Gerais/Brasil. E-mail: maoout@yahoo.com.br; maoout@gmail.com.

nuclei or urban centers built during the Brazilian Colonial period, ruled by the same building and urban principles in force in Portugal.

Most of the settlements were integrated with the natural environment, where the «green spots» or the «empty spots» were essential for ordering the complexes built, allowing for the presence of ecological components in the implanted weaves and for the basic subsistence of the urban dwellers. Such open spaces were places impregnated with cultural and ecological values, intrinsically associated with the users' production and recreational activities. It is said that this knowledge guides us towards the search for alternatives that aim at the protection of the architectural landscape ensembles that still remain of old settlements from the Brazilian colonial nuclei.

Keywords: Olinda, Ouro Preto, Landscape Heritage, Urban Heritage, Cultural Heritage.

En la actualidad, es cada vez más evidente la falta de conocimiento con respecto a las tradiciones heredadas. En las ciudades brasileñas, los espacios abiertos, especialmente los de carácter privado, han sido tratados como anexos de edificaciones, restos de tierra que no fueron desmembrados y ocupados o como intervenciones alejadas de un contexto cultural. Asimismo, son vistos como si fueran meros telones de fondo para el mantenimiento escénico de monumentos arquitectónicos, principalmente los de reconocido valor artístico e histórico. Es como si nada pudieran expresar además de la función de encuadramiento que les cabe. La naturaleza recreada en los jardines, en los huertos y en los vergeres es generalmente entendida como si estuviera congelada en el tiempo, desvinculada de cualquier proceso de construcción de paisaje y de su relación con los antiguos residentes. En general, no se entienden los huertos y vergeres como manifestaciones culturales de valor patrimonial.

Muchas informaciones que podrían ser aclaradoras con respecto al objeto tratado en este trabajo se perdieron debido a las sucesivas devastaciones en los conjuntos arquitectónicos. Otras se encuentran dispersas en archivos y bibliotecas. Lo más importante, sin embargo, es comprender que, además de registros históricos, hay caminos alternativos que pueden llenar las lagunas de conocimiento. A través de la observación de culturas compartidas por Brasil y Portugal, es posible identificar concepciones, valores y visiones de la naturaleza que influyeron en la creación de los jardines coloniales, objeto de este trabajo.

Los huertos y vergeres, además de sitios de producción, proporcionaban entretenimiento u ocio a sus usuarios. Eran lugares significativos que ayudaban a puntuar la memoria colectiva, contribuyendo a la mejora de la calidad de vida y la sociabilidad en las aglomeraciones urbanas, como todavía ocurre en secciones de los antiguos núcleos de Olinda (Figs. 1 y 2) y Ouro Preto.

En esos sitios, el ocio se manifestaba. El término en sí mismo fue malinterpretado por extranjeros y la propia historiografía. Comúnmente se percibía el mencionado estado de ánimo a través de la imagen de pereza, demasiado simplificadora para justificar el comportamiento de los usuarios de los espacios abiertos. Ante los atributos de la naturaleza, las personas se dejaban llevar instintivamente por los ambientes locales, donde se despertaban las sensaciones y se aguzaban los sentidos, principalmente en períodos de cosecha, cuando se podían cosechar los frutos y/o pro-



FIG. 1. *Vista panorámica de Olinda. En primer plano, antiguo conjunto jesuítico, actual Seminario de la Archidiócesis, 2005. Foto: Marcelo Almeida Oliveira.*



FIG. 2. *Patio de Olinda, árboles con amplias y densas copas. Foto: Marcelo Almeida Oliveira.*

barlos al pie de los árboles y arbustos. Las situaciones de ocio, placer y/o recreación eran parte de la misma realidad de sitios centrados en la producción de subsistencia. Así se cultivaban ciertas especies vegetales, valoradas por sus calidades estéticas, o se construían determinados dispositivos como: eras, pozos de agua, enrejados y estanques de riego y ornamento, lo que hacían atractivos los jardines, los huertos y los vergeles. Belleza y utilidad, placer y trabajo formaban parte de la existencia de los espacios abiertos insertados en el tejido urbano.

Los jardines, los huertos y los vergeles de las ciudades coloniales constituyan verdaderos complejos culturales, estéticos y utilitarios, donde forma, función y técnicas constructivas se hicieron indisociables y cada parte y elemento tenían una razón de ser. En los pueblos brasileños, tales sitios se mantenían articulados, contribuyendo para la consolidación de estructuras o tejidos. Los conjuntos existentes todavía reflejaban la capacidad interpretativa de sus propietarios quienes, en la mayoría de las veces, se mostraban preocupados con la conservación de los recursos naturales, lo que resultaba en la creación de varias espacialidades.

También parece oportuno destacar la concepción de naturaleza de la cultura portuguesa, que fue la base para realizar los diversos tipos de parcelas hortofrutícolas existentes en el tejido de las ciudades coloniales. En este sentido, los conceptos de abundancia, complacencia y fertilidad también estuvieron presentes en jardines y huertos en el paisaje brasileño, tanto en la periferia de la metrópoli como en su interior. Esas nociones eran muchas veces expresadas en los relatos, en particular en las primeras cartas de los curas jesuitas. El paisaje era visto como un Edén, bendecido por la mano del Creador².

Se consideraba la naturaleza como una Primavera Eterna, por la gran abundancia de alimentos disponibles y por las condiciones favorables del clima, lo que ayudaba en la subsistencia del hombre, sin exigirle muchos esfuerzos. Esta noción también estuvo presente en el imaginario de la metrópoli colonial y se materializaba en la continuidad cultural y natural observada en su paisaje, a menudo comparado con un gran jardín, donde se destacaban los límites y cercas, recursos hídricos y especies vegetales.

LÍMITES Y CERCAS

Suponiendo que vivir en un determinado sitio significa encontrar refugio, protección y orientación en su interior, evidenciamos la importancia de las relaciones topológicas en la ciudad tradicional, donde se utilizaban muros, setos y badenes para destacar la distinción entre el interior y el exterior de las viviendas, entre el sitio privado y el espacio público.

Estas construcciones servían asimismo para la demarcación, la integración y el cierre de los jardines, la definición de las impresiones de acogida, el bienestar, la

² Cf. ACADEMIA BRASILEIRA, *Cartas jesuíticas; cartas avulsas (1550-1568)*, Rio de Janeiro, Oficina Industrial Gráfica, 1931, pp. 263-264, 271-272.

intimidad, la libertad, la paz, la privacidad, el descanso, la seguridad, la tranquilidad, como resultado de experiencias proporcionadas a través del contacto con los espacios abiertos, especialmente los de dominio privado, que se presentaban como verdaderos «refugios» en el mundo³. En ese universo, las parcelas hortofrutícolas contribuían para el equilibrio físico, psíquico y social de sus propietarios.

Entre las alternativas adoptadas para la definición y la posesión de estos lugares, los muros fueron sin duda la opción de mayor impacto en el paisaje⁴, influyendo no sólo en la división del medio ambiente urbano, sino también en el carácter de las parcelas delimitadas, que constituyan ambientes eminentemente protegidos. Construidos de tapial o de albañilería de adobe o piedra, también se utilizaban esas divisiones para separar las actividades relacionadas a la agricultura y a la cría de animales, especialmente en las grandes propiedades, ubicadas en las cercanías, donde se destacaban las casas rurales, conventos y monasterios.

Sin embargo, en algunas situaciones, en lugar de la simple distinción o separación entre las partes, las cercas promovían la interacción entre las diversas unidades de una misma parcela. La solidez de las paredes externas servía de apoyo a la construcción de bancos y enrejados, reforzando la identidad de los espacios abiertos, haciendo los diseños de esos espacios más complejos e invitadores a la permanencia al aire libre. A veces, los muros de los jardines más bonitos poseían fenestraciones o aperturas de vanos, lo que facilitaba la visualización de los conjuntos implantados.

Los setos, construidos de material inerte y/o vivo, se difundieron más en las afueras urbanas. Representaban una alternativa menos extrema para establecer el cierre de las parcelas hortofrutícolas, como se observa en fotografías antiguas de la ciudad de Salvador⁵. Podían también estar asociados a otros tipos de cierre, como muros, zanjas o badenes. Registros históricos, que tratan de los complejos religiosos, nos informan acerca de la construcción de cercas vivas especialmente para la protección de los huertos. En ese caso, generalmente estaban formadas por árboles de naranja u otros árboles de espina. Además de volver acogedora y agradable la permanencia de los usuarios en esos conjuntos, promovían mayor continuidad y espontaneidad en el diseño de las ciudades.

Con relación a la existencia de las zanjas y de los badenes, se sabe que delimitaron tierras públicas y privadas, especialmente las ubicadas en las afueras urbanas

³ Cf. BACHELARD, Gaston, *A poética do espaço*, São Paulo, Martins Fontes, 1993, pp. 24, 45, 103-104.

Cf. NORBERG-SCHULZ, Christian, *Nuevos caminos de la arquitectura: existencia, espacio y arquitectura*, Barcelona, Editorial Blume, 1975, pp. 20, 45, 104.

⁴ Cf. CARAPINHA, Aurora da Conceição Parreira, *Da essência do jardim português*, Évora, Universidade de Évora, 1995, vol. 1, pp. 55-56, 358-359. Dissertação de Doutoramento em Arquitetura Paisagista e Arte dos Jardins, Área de Artes e Técnicas da Paisagem (texto policopiado).

⁵ Cf. FERREZ, Marc, «Foto tirada do convento de São Francisco, vendo-se a horta dos frades, (...). 1884. Albúmen 15,7×21,4 cm», en Gilberto Ferrez, *Bahia: velhas fotografias, 1858-1900*, Rio de Janeiro, Kosmos; [Salvador], Banco da Bahia Investimentos, 1989. p. 136.

Cf. MULOCK, Benjamin R., «Alameda de dendezeiros, na Calçada do Bonfim, hoje Vila Militar do Bonfim (...). 1860. Albúmen 19,7×24 cm», en Gilberto Ferrez, *op. cit.*, 1989, p. 37.

y en las zonas rurales. Normalmente, esas intervenciones dejaron de existir cuando los respectivos sitios empezaron a sufrir los impactos de la expansión urbana que tuvo lugar en Brasil desde fines del siglo XVII y durante el XVIII.

De ahí la preocupación por construir y reconstruir los muros que delimitaban muy claramente los límites de las parcelas. En el caso del Monasterio Beneditino de São Sebastião da Bahia, se justificó la ejecución del muro debido a la necesidad de impedir el robo de hortalizas, además de evitar el contacto de los congregados con las mujeres que solían invadir el huerto.⁶ En otro monasterio, el de Nossa Senhora da Assunção de São Paulo, era evidente el argumento en favor de la protección de la privacidad y del recogimiento de la corrupción del mundo exterior⁷.

Mientras los muros determinaban el apartamiento, el recato y el recogimiento de los congregados con relación al mundo externo de los conventos o de los monasterios, se establecía una nítida discontinuidad en el paisaje. Las zanjas y los badenes no delimitaban solamente el paisaje; se abrieron con el fin de obtener resultados satisfactorios en el cultivo de las partes, posiblemente subdividiendo las áreas de cultivo en unidades de forma regular. Esas intervenciones acabaron proporcionando un triple beneficio: circulación del agua en los bajíos, en forma de desagües; una mayor interactividad entre las unidades productivas y protección de los huertos contra el ataque de las hormigas, oponentes implacables del hombre en el cultivo de legumbres y hortalizas.

En resumen, ésta y otras maneras de cerrar los jardines denotaban la vigencia de costumbres y prácticas primitivas, también observadas en las realidades de Olinda y Ouro Preto. Pese a los reiterados cambios sufridos en los respectivos paisajes, resultando en la extrema compartimentación de las parcelas de tierra y en el desaparecimiento de los setos vegetales, se puede notar, en ciertos conjuntos restantes, la presencia de antiguos detalles arquitectónicos. Algunos se refieren a la utilización de las paredes exteriores para la creación de espacios dedicados a la contemplación o al ocio, a partir de la inserción de bancos y enrejados. Tales aspectos nos remiten a la referida herencia del diseño del paisaje, basada en la conjugación de lo agradable a lo útil.

AGUA

El agua, sin duda, fue un elemento esencial en algunos jardines de núcleos urbanos clasificados, determinando la ubicación y el diseño de muchos de estos sitios de producción y de recreación. De ahí la necesidad de una selección adecuada de

⁶ ADB-CSB. Cód. 137. Mosteiro de São Sebastião da Bahia II, 1764-1800, p. 241. *Apud*: LINS, Eugênio de Ávila, *Arquitectura dos mosteiros beneditinos no Brasil: século XVI a XIX*, Porto, Universidade do Porto, Faculdade de Letras, Departamento de Ciências e Técnicas do Patrimônio, 2002, vol. I, p. 282. Tese de Doutoramento em História da Arte (texto policopiado).

AMSBBA. Cód. 92. Livro de Visitas dos Mosteiros da Congregação Beneditina do Brasil, século XIX, f. 33. *Apud*: LINS, Eugênio de Ávila, *op. cit.*, vol. I, p. 283.

⁷ LINS, Eugênio de Ávila, *op. cit.*, vol. I, p. 681.

los sitios para el desarrollo de la agricultura, que resultaba en la aparición de manchas verdes en el tejido urbano, muchas veces organizadas en secuencias continuas.

Según la dimensión y la finalidad de las parcelas hortofrutícolas que componían tal mancha, había mayor o menor distinción formal y funcional entre sus partes, que acababa transparentando en el uso de ese recurso, potenciado a través de la disposición de sistemas hidráulicos. En las casas más ricas, ubicadas en las cercanías, se volvía clara la diferenciación entre los sistemas ornamentales y los productivos en función de cómo se aprovechaba el agua.

En el espacio urbano, las fuentes o manantiales particulares eran privilegio de pocos propietarios. En la mayoría de las veces, el recurso hídrico se hizo viable por métodos caseros, como el escurrimiento de tejados dirigidos a barricas y aljibes. Algunas veces se drenaban las aguas vertientes con la ayuda de tuberías hechas de bambú o madera de cecropia⁸. Eso demuestra la fragilidad y la improvisación de los servicios de abastecimiento en la ciudad, donde se adoptaba la mano de obra esclava en la realización de prácticamente todas las tareas domésticas, incluso el mantenimiento de los espacios abiertos.

La dependencia de la mano de obra utilizada influyó decisivamente en la distinción entre los espacios abiertos de Brasil y del Reino, donde, por la más pequeña cantidad de trabajadores manuales y por cuestiones climáticas y culturales específicas, hubo mayor número de estructuras e infraestructuras de riego por razones de escasez del recurso hídrico. En el paisaje portugués, el éxito de esos mecanismos condicionó la organización y la morfología de las parcelas hortofrutícolas. Comparativamente, eran mucho más compartimentadas, discontinuas y geométricas⁹, contrariamente a las unidades agrícolas brasileñas, que poseían carácter acentuadamente orgánico.

La presencia del agua también estaba asociada con la condición de complacencia y ludicidad en los espacios productivos. Los riegos y los estanques de riega contribuían con el aumento de la calidad de vida en esos sitios. El agua y la vegetación ayudaban a despertar los sentidos, además de unificar las partes de los conjuntos construidos, proporcionando nuevas y variadas lecturas de los espacios de producción.

⁸ Cf. HOLTHE, Jan Maurício Oliveira van, *Quintais urbanos de Salvador. Realidades, usos e vivências no século XIX*, Salvador, Faculdade de Arquitetura e Urbanismo da Universidade Federal da Bahia, 2002. Tesis de Maestría en Arquitectura y Urbanismo, área de concentración en Conservación y Restauro, pp. 207-208.

Cf. LEMOS, Carlos A. C., *Cozinhas, etc. Um estudo sobre as zonas de serviço da casa paulista*, São Paulo, Editora Perspectiva, 1976, p. 35.

Cf. ALMEIDA, Eduardo de Castro e, *Inventário dos documentos relativos ao Brasil existentes no Archivo da Marinha e Ultramar de Lisboa*, Rio de Janeiro, Oficina Gráfica da Biblioteca Nacional, 1913, tomo I, pp. 13-14.

⁹ Cf. CARAPINHA, Aurora da Conceição Parreira, *Da essência do jardim português*, Évora, Universidade de Évora, 1995, vol. 1, pp. 50-51, 113-114. Tesis de Doctorado en Arquitectura Paisajista y Arte de los Jardines, Área de Artes y Técnicas del Paisaje (texto policopiado).

Cf. CARAPINHA, Aurora da Conceição Parreira, «A arte da paisagem e dos jardins no Brasil colonial», en *Colóquio Luso-Brasileiro de História da Arte, Actas...*, 5, Faro, Universidade do Algarve, Faculdade de Ciências Humanas e Sociais, Departamento de História, Arqueología e Patrimonio, 2002b, p. 35.

Para ilustrar lo expuesto, presentamos dos ejemplos de espacios privados, marcados por el uso articulado del recurso hídrico. El primero es la residencia de José da Silva Valença, en Vila Boa de Goiás, cuya planta, con fecha de 1742, muestra claramente el suministro de agua, posiblemente captada en un bosque y conducida por gravedad a través de riegos, pasando por el vergel, llegando al jardín y a los patios de servicio. En el jardín, se hace evidente la disposición regular de los canalones y de los «tubos», lo que influyó en la forma de los canteros. El ambiente en sí parecía privilegiado por la espacialidad y era apropiado para el descanso. No era accidental la comunicación de ese espacio con el balcón, sitio enriquecido por el frescor, brillo y por la sonoridad de ese recurso (Fig. 3). Asimismo, cabe mencionar la casa del Barão do Serro en Minas Gerais, complejo construido en el siglo XIX a partir de la integración entre unidades de producción y recreo, lo que también demuestra la importancia del sistema hidráulico y del sistema vegetal en la configuración del sitio. En el ordenamiento de ese conjunto sobresalía la disposición racional de canalones/tuberías, fuentes y estanques de riego, basada en el refinamiento arquitectónico, situación característica en las propiedades ricas.

En el espacio urbano, era evidente el ordenamiento de los asentamientos coloniales debido a la presencia del agua. En Olinda, en puntos de su tejido, en particular junto a las faldas de las laderas, se implantaron parcelas hortofrutícolas, destacándose los conjuntos religiosos y el Jardín Botánico. Eran sitios privilegiados, donde se realizaba la captación de agua por medio de la apertura de pozos de agua. Actualmente, muchos de esos sitios se encuentran degradados o fragmentados, en consecuencia de la expansión aleatoria y/o clandestina observada en el tejido construido, lo que ha comprometido la continuidad del paisaje. Aprovechamos para reflexionar con respecto a esos pozos, desgraciadamente enterrados. El hecho de haber sido construidos significaba que había la necesidad de satisfacer a las exigencias de la vida diaria, especialmente en ciertos períodos del año. Cuando las lluvias se hacían tenues, funcionaban como reguladores de las variaciones climáticas.

En Ouro Preto, encontramos situaciones similares a las observadas en Olinda. La gran cantidad de estanques de riego, comprobada en muchos puntos de la ciudad, nos lleva a creer que se utilizaron con el mismo propósito de los pozos de agua, para garantizar la productividad de los huertos ubicados dentro del tejido urbano. La ciudad fue establecida entre dos grandes sierras, de vertientes donde se han formado ramblas, convirtiéndola en un receptáculo natural de aguas, siendo también favorecida por el clima húmedo de la región. En gran parte del año, el flujo de sus fuentes y manantiales ubicados en las faldas del relieve se mantenía estable, contribuyendo para el suministro de pequeños caños, fuentes, fontanas, estanques ornamentales y utilitarios (Figs. 4 y 5).

ELENCO VEGETAL

La vegetación era igualmente elemento de destaque en los conjuntos urbanos coloniales. La plantación de subsistencia contribuía para el diseño del espacio. En

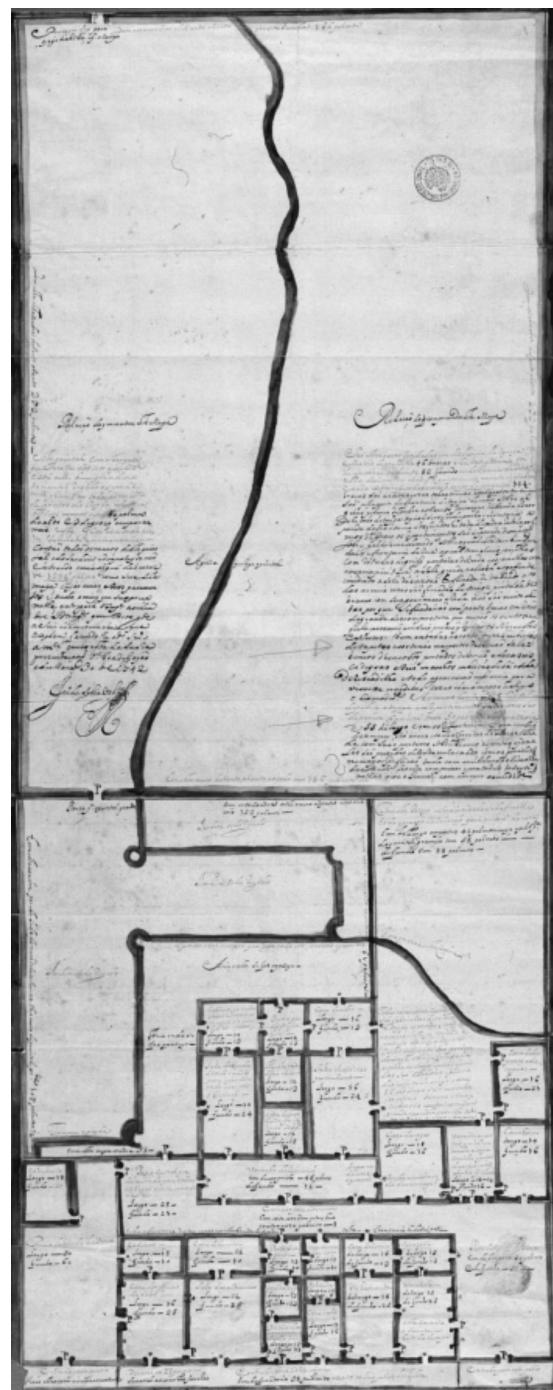


FIG. 3. *Residencia de José da Silva Valença, Vila Boa de Goiás. Planta (1742); manuscrito.*
Fuente: A.H.U., Colección Iconografía.



FIG. 4. *Cuesta de Santa Efigênia. Ayuntamiento de Ouro Preto, décadas de 1930-1940. Acervo José Goes. Foto: Luiz Fontana.*

los recintos privados y públicos se observaba el uso de especies vegetales para su contención y ordenamiento, el establecimiento de jerarquías funcionales e incluso la definición de sitios de permanencia, que ayudaban a orientar la percepción de sus usuarios, lo que posibilitaba una mejor comprensión de los sitios experimentados.

Las especies difundidas en las parcelas hortofrutícolas de la metrópoli colonial, además de haber sido utilizadas para asegurar la subsistencia diaria, expresaban manifestaciones de cultura. Así, ahí se observaban plantas de valor alimentario, condimentar, medicinal y ornamental, frecuentemente organizadas por la creatividad de los residentes de esos sitios, siempre atentos a las condiciones favorables de siembra, de acuerdo con las particularidades biofísicas de cada sitio.

En los canteros, la vegetación normalmente se presentaba abundante, a través de lo que fue denominado por Orlando Riveiro de cultura «promiscua»¹⁰, práctica tradicional de la zona mediterránea, reproducida en la realidad brasileña a partir de

¹⁰ Cf. CARAPINHA, Aurora da Conceição Parreira, *Da essência do jardim português*, Évora, Universidade de Évora, 1995, vol. 1, pp. 273-276, 360. Dissertação de Doutoramento em Arquitectura Paisagista e Arte dos Jardins, Ramo de Artes e Técnicas da Paisagem (texto policopiado).

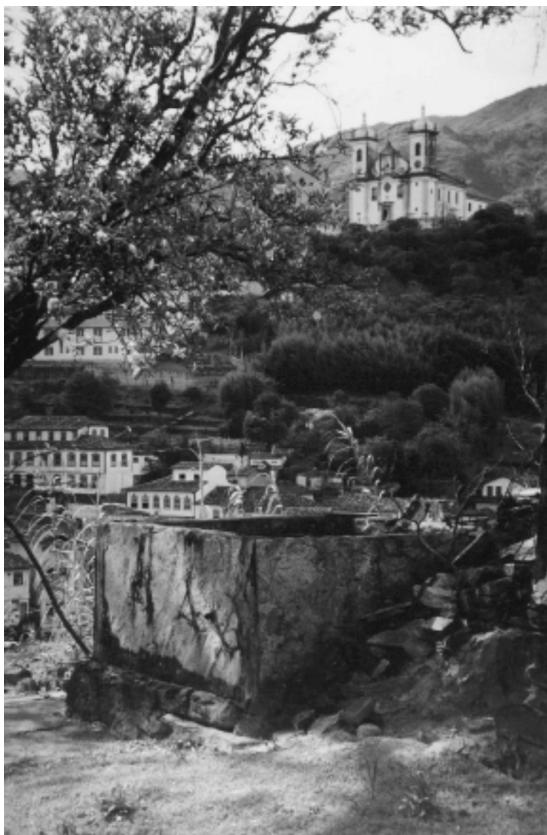


FIG. 5. *Estanque de riego, patio de Ouro Preto, 2006.*
Foto: Marcelo Almeida Oliveira.

la colonización. Ese modo de cultivo, basado en la mezcla de arbustos, árboles e hierbas en un mismo recinto, en una aparente falta de orden y distinción, resultaba en espacios complejos, de carácter predominantemente empírico. Los aromas, los colores, las formas, los sabores y los tactos provenientes de ahí, contribuían para el aumento de las cualidades estéticas en los sitios mencionados y para la experiencia en los jardines coloniales. En esa circunstancia, huertos y pomares reforzaban la noción de conjunto y la continuidad del paisaje en la escala urbana.

En la obra del Cura Jácome Monteiro, *Relação da Província do Brasil* (1610), basada en la tradición portuguesa, se evidencia la preferencia por el verde agradable. Según la mirada de ese Cura, «(...) Está toda la tierra [brasileña] cubierta de un bosque eterno que nunca pierde sus hojas y, aunque a los nativos les parezca gracioso, a nosotros que nacimos en el Reino nos sirve de melancolía, por ser un verde más oscuro y grueso, que de placer (...)»¹¹. En esa acepción, había una dife-

¹¹ LEITE, Serafim, Padre, *História da Companhia de Jesus no Brasil; escritores de A a M*, Rio de Janeiro, Instituto Nacional do Livro, Livraria Civilização Brasileira; Lisboa, Livraria Portugália, 1949b, tomo VIII, pp. 393-394.

rencia entre el verde de recreación, asociado con la condición de ocio, observado en algunos sitios antropizados, y el verde que causaba apatía y melancolía, propio de extensos bosques, que se ponían casi como una barrera insuperable a la vista y a los otros sentidos.

De manera análoga, también situamos la mirada del Cura Simão de Vasconcelos (1596-1671). En su obra *Notícias Curiosas e Necessárias das Cousas do Brasil* (1668), se destaca la belleza de los árboles e hierbas, lo que refuerza la noción del verde agradable, como en una Eterna Primavera, de acuerdo con la visión que se tenía del Nuevo Mundo en aquella época¹². Es interesante notar cómo se comentaron las «bondades» de las especies vegetales, intrínsecamente asociadas con la apreciación sensorial del paisaje o de las parcelas hortofrutícolas, donde la vegetación tenía papel relevante.

La siembra de este verde agradable se hacía en los huertos y en los pomares, creando lugares de gran efecto estético cuando experimentados. Se observaba con frecuencia un mayor ordenamiento de vegetación, en retícula ortogonal o en alineamientos, en los sitios de destaque de casa ricas, en los accesos de llegada o a lo largo de los nexos de unión, en las cercanías de los edificios señoriales y de lugares dirigidos a la práctica del ocio. El diseño de ese tipo de espacio es descrito en el *Tratado Descritivo do Brasil em 1587*, de Gabriel Soares de Sousa (c. 1540-1591), considerado a partir de la ensenada de Bahia, sus islas, valles, arroyos e ingenios. A las orillas del río de Matoim se encontraban grandes haciendas cuyos conjuntos denotaban la humanización de la naturaleza¹³.

En el caso identificado, sobresale el dicho «hilera de naranjales», cuyo significado nos hace fijar la atención en la existencia de caminos definidos por alineamientos de plantaciones y setos. Los naranjales se destacaban como representantes del verdor que «recreaba» la vista. Eran sitios dominados por el aroma y por la luminosidad controlados, lo que los hacían muy atractivos para la permanencia. La presencia de los cítricos en los jardines, huertos y pomares los transformaba en sitios de contemplación y recreación de la mirada, hechos significativos en el arte de los jardines¹⁴.

Se entiende la propagación de los cítricos en tan poco tiempo, desde la llegada de los portugueses en América, a partir de una serie de puntos favorables, incluso intereses económicos y virtudes medicinales. En general, fueron especies prestigiosas por exhalar suaves aromas, tener floración expresiva y tamaños armoniosos, además de proporcionar sombras refrescantes y acogedoras, frutos perfumados y sabrosos y también por tener copas siempre verdes, como en una Eterna Primavera.

¹² VASCONCELOS, Simão de, Padre (1597-1671), *Notícias curiosas e necessárias das cousas do Brasil*, Lisboa, Comissão Nacional para as Comemorações dos Descobrimentos Portugueses, 2001, p. 138.

¹³ SOUSA, Gabriel Soares de (c. 1540-1591), *Tratado descritivo do Brasil em 1587*, Recife, Fundação Joaquim Nabuco, Editora Massangana, 2000, pp. 108-110.

¹⁴ CARAPINHA, Aurora da Conceição Parreira, *Da essência do jardim português*, Évora, Universidade de Évora, 1995, vol. 1, pp. 24, 91, 96-97, 99, 214, 219, 277. Tesis de Doctorado en Arquitectura Paisajista y Arte de los Jardines, Área de Artes y Técnicas del Paisaje (texto policopiado).

Reunían un conjunto de cualidades que transfiguraban las unidades agrícolas en sitios especiales, destinados a la recreación o a la práctica del ocio.

Los enrejados son otro elemento a considerar, así como las cercas, que influyeron en el carácter de las unidades o de los conjuntos formalizados. Los enrejados y la mayoría de los dispositivos congéneres deben ser entendidos a partir de la lógica constructiva eminentemente dominada por la dimensión cultural, estética, funcional y de la experiencia. Así, no era accidental la ocurrencia de vides en el diseño de los jardines. Constituían verdaderas síntesis de aroma, color, forma y sombra, que transformaban cualesquiera parcelas productivas en sitios agradables, como ocurría en los naranjales, ordenados en «alamedas» o «calles»¹⁵. Estas manifestaciones se deben examinar como la adaptación de la herencia portuguesa en Brasil.

En ese contexto, gran parte de los viajeros o naturalistas, visitantes de Brasil durante el siglo XIX, se sorprendía con la presencia de las manchas verdes en el tejido urbano, constituidas en su mayoría por árboles espinosos y plataneros. En el sentido común, se consideraba la cobertura vegetal agradable, alegre, encantadora, fértil, sonriente, sensual, soberbia, exuberante, colorida y viva¹⁶. Nos parece, por lo tanto, interesante y relevante estudiar las especies cultivadas, pues a través de ellas podemos comprender los valores afectivos y simbólicos dados por los residentes, posibilitándonos estimar cómo percibieron los jardines existentes en el tejido de las ciudades.

CONSIDERACIONES FINALES

Lo que se valoró en la base de la cultura ancestral debería ser considerado hoy en día en la perspectiva de la preservación patrimonial, principalmente con respecto a la permanencia de la unidad edificio/parcela en las ciudades clasificadas. Es necesario volver a aprender a ver belleza y cultura incluso en lo que el sentido popular juzga ser banal o sencillo y los técnicos ignoran como espacios a ser protegidos, o sea, nos referimos más particularmente a los huertos y a los pomares. A través del diseño de antiguos jardines, es posible comprender aspectos fundamentales de la forma urbana, además de percibir la noción de naturaleza que aún impregna el paisaje brasileño, marcado por el binomio de productividad y recreación.

La experiencia poética que surge del hecho de cultivar la tierra continúa formando parte de la vida en la ciudad clasificada, que aún mantiene un fuerte vínculo con el mundo del campo, especialmente en ciertos conjuntos. Huertos y pomares son tomados como fuentes de enseñanza y creatividad, siempre estimulando el amor, el intimismo y la añoranza, sensaciones y sentimientos provenientes de la convivencia con los atributos de la naturaleza, sobresaliendo en ese contexto la dispersión de aromas y la fuerte presencia de luces, sonoridades y tactilidades.

¹⁵ Cf. FREYRE, Gilberto (1900-1987), *Sobrados e mucambos: decadência do patriarcado e desenvolvimento do urbano*, 14.^a edição revisada, São Paulo, Global, 2003, pp. 351-353.

¹⁶ Cf. SPIX, Johann Baptist von y MARTIUS, Carl Friedrich Philipp von, *Viagem pelo Brasil*, Rio de Janeiro, Imprensa Nacional, 1938, tomo II, p. 283 (edición alemana: 1823).